

Breve reflexión teológica sobre la resurrección de Jesús

La teología no aspira a una concepción fisicista de la resurrección de Jesucristo ni de los cristianos. Toda explicación “física”, ya sea desde la física mecanicista tradicional o desde la física cuántica moderna, suele conducir, tarde o temprano, a aporías y a callejones sin salida; y oscurece, en lugar de aclarar, el sentido de la resurrección. Esto no ocurre solamente con la resurrección, también es equivocado buscar una explicación científica de la presencia real del resucitado en los dones eucarísticos después de la consagración, o de la realidad nueva (criatura nueva) en que se transforma el creyente después del bautismo, habiendo “nacido de nuevo”. El enfoque “fisicista” o concordante con la física desenfoca notablemente el asunto. Pues lo que se trata de comprender no es cómo es posible la “reanimación” de un cadáver. La resurrección nos sitúa ante “el poder de Dios” (Mc 12, 24), que es capaz de resucitar a los muertos y de crear de la nada (cf. Rm 4, 17), ante un Dios que radicalmente es un Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 27).

La Escritura distingue dos conceptos de vida. Por una parte la vida como *bíos* (βίος), que se refiere a la vida humana en sus relaciones externas y con sus preocupaciones, como los bienes de fortuna (Lc 15, 12. 30). Nunca se emplea en el Nuevo Testamento para describir bienes salvíficos, sino que se refiere a la vida ordinaria, con sus asuntos y ajetreos (2 Tim 2, 4; 1 Tim 2, 2). Sin embargo, la vida como participación en la vida divina, como vida eterna (Mc 10, 17; 2 Tim 1, 10), como bien salvífico y don escatológico se denomina *zoé* (ζωή). El resucitado está pleno de vida, en el sentido de *zoé*, es la misma vida que se nos ofrece. Y nuestra resurrección, incluso ya en el bautismo (Rm 6, 4), es una participación en la *zoé* divina. En este sentido, Dios es Dios de vivos (*zón-ton*), no de muertos (Mc 12, 27). De tal manera que no debemos presentar la vida de la resurrección bajo los parámetros del *bíos*, sino de la *zoé*.

Ciertamente, la comprensión correcta de la corporalidad del resucitado no deja de plantear problemas y es un tema difícil. La Escritura es bien consciente y por eso lo afirma siempre de modo matizado: el Jesús resucitado atraviesa las puertas cuando están cerradas (Jn 20, 19), desaparece instantáneamente (Lc 24, 31). Y cuando la Escritura pretende dar una definición de la corporalidad del Resucitado elabora conceptos nuevos, que van más allá de la materialidad crasa y mostrenca, con formulaciones como “cuerpo espiritual” (1 Cor 15, 44) o “cuerpo glorioso” (Flp 3, 21).